

# NOTAS DE BITÁCORA

*René Arrieta Pérez<sup>1</sup>*

## I

Cuando ya no estés aquí conmigo, extrañaré las apacibles olas, las gaviotas, el picado de los alcatraces y el olor a yodo y salitre en los atardeceres.

¿A dónde iremos? y ¿en dónde está ese lugar que habitaremos? –preguntabas sabiendo que ya era tarde para el hombre--.

No quería siquiera ensayar una respuesta.

Ahora que estás aquí conmigo, y a la puerta no toca la consabida incertidumbre, te pregunto, ¿lo recuerdas?

## II

... Y así sucedió.

Cuando el capitán dijo adiós a su amada en el puerto,  
y luego gritó a la tripulación que aguardaba a babor y a estribor,  
nadie desatendió su voz de mando.

Las velas tensadas.

Los mástiles enhiestos.

Y un desconocido y leve golpe en el pecho.

Entonces, el viento, sin estorbos y sin atajos, dictaba el rumbo del navío.

---

<sup>1</sup> Poeta, periodista y escritor. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena y doctorando en Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca. Columnista de opinión de varios medios impresos y virtuales. Y ha sido antologado en más de 15 libros de poesía en Colombia, España y Portugal. Ha publicado los libros de poesía: *Salmos del segador de mieses*, Lealón, Medellín (1999); *Bodegones*, Común Presencia Editores, Bogotá (2009); *He olvidado su nombre*, LibrosEnRed.com, Buenos Aires (2007); *El leve vuelo de las mariposas*. Universidad de Cartagena (2016). Correo electrónico: arrieta@unilibre.com

### III

El fin abreviaba su tiempo cuando Daniel anticipaba la idea.  
Sin afanes,  
la rueca hilaba, y en medio de la labor y de momentos apacibles  
aquella sensación de lo terrible.  
El odio, el miedo, el dolor, la esperanza, el amor.  
La luz y la sombra, la perturbación y la calma.  
Palpita la sangre.  
Al fin de la jornada, la tela, el color, el atavío.  
Y en mí  
el olor de tu piel, de mangos, cerezas y grosellas.  
Pues, todo será solo un recuerdo:  
el prado, las flores, la brisa, las aves.  
El mar, el mar, el mar.

### IV

(Se recomienda leer en tono menor)

Ya es corta la distancia, amor;  
tus besos y caricias harán la diferencia,  
porque los guijarros del camino hieren hondo.  
Cuánto el dolor y cuánto el llanto que separan cada paso;  
me dices que la demora se tasa en precio alto,  
que el atardecer y la aurora serán más caros,  
y que tu trémulo cuerpo no aguanta tanto,  
que las monedas de sol y los labios de agua se fugan,  
que solo te queda el desvarío y el certero instante cuando te miro,  
que se hace tarde,  
y esperas bajo el umbral del tiempo  
tal vez para el olvido.



## V

Cuando la bruma cubra tu espacio más próximo  
y sientas en la piel la tersura líquida, quizás  
te conmocione ese sentimiento, ese contacto.

Habrá un espacio para el temor y la duda, amor,  
pero también la esperanza tocará tu palpito,  
entonces, el capitán, con tu presencia en su navío,  
advertirá el intermitente parpadeo de tus ojos.

Entre levante y poniente el sol contará las horas de tu espera,  
columbrarás la luna algunas noches, entre rasgadas nubes,  
desnuda ella, y tú, expectante, absorta, complaciente.

Y en medio del rumor de las olas y el fresco aire,  
sin que aún en el horizonte aparezcan farallones,  
ni desoladas islas, ni el grito de las aves, solamente  
te acerques para sentir que sin embargo me tienes.